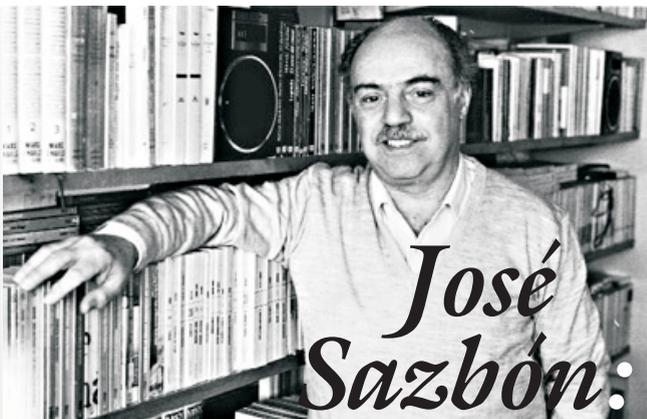


Otra experiencia de aprender a pensar



De aquel profesor que llegaba muy a tiempo a sus clases, lo recuerdo desde varias perspectivas físicas e intelectuales. No se podría decir de nadie más sino de él, las diversas formas en las que se conjugaba su mirada lúcida, fulminante, de pequeños ojos oscuros, con la destreza de una memoria cultivada para los conceptos y los juicios reflexivos.

Siempre tuve la sospecha de que parte de su misterio como maestro de la dialéctica más depurada, se debía a esa extraña conjunción de ironía plebeya y de hedonista sensualidad, para verbalizar las palabras como quien se sabe artífice de cualquiera de sus sentidos, a quien nada le hacía falta para decir de un modo simple o de otro más complejo, esa apuesta permanente a pensar las ideas a ras de las pisadas diarias con las que hacemos de la vida un destino de otros posibles destinos.

Y así, el "Profesor", nos sorprendía en cada clase que escuchábamos con el deleite de saborear su experiencia investigativa, con una suspicaz inteligencia a la que acudía en socorro de sus temerarias ideas filosóficas, que más de una vez, expuestas en su magistral oratoria, deshacían las interpretaciones más adosadas a las teorías monológicas de las ciencias sociales.

Si, así, era su presencia física e intelectual: muchos mundos imaginarios a partir de uno, el de su amada Argentina y el de su libertad para hacerse un latinoamericano continental.

En sus manos, principal gesto visual que contrastaba con su pequeña humanidad de volúmenes redondos y de un caminar recortado por diminutos giros para no distraer la atención del espectador o interlocutor, se reflejaban la calidez de una piel acostumbrada a la sensualidad de los cuerpos. En especial, esa sensualidad con la que el Maestro nos hablaba de las traducciones francesas de Hegel o Marx, Nietzsche o Feuerbach, y tantos otros de la clásica filosofía moderna con la exquisitez de una hermenéutica del sentido que nadie –repetimos– como él para practicarla en su propio oficio de traductor al castellano. Unas manos igual de pequeñas como su cuerpo pero que se incorporaban con cada palabra y sentido de su voz, hacia ese espacio de comunicación con el otro en el que cualquiera podía descubrir las trazas o señales dibujadas a través de ése orden vago de mover el dedo índice entre las idas y venidas de sus ideas. Un detalle que muchas veces lo acompañaba con aquella afinada y delgada, negra y luminosa "boquilla" para fumar su cigarro más habitual.

Al Maestro lo sentíamos como un personaje a descifrar en todo momento. Pasaba poco a la pizarra para anotar con su caligrafía irregular todo aquello que deseaba retener

del discurso aunque no siempre nos escribía; más bien, hoy me da la impresión, al evocar aquellos años de mis primeras experiencias investigativas, que buscaba un pretexto para hacernos escribir algo de eso que era su entusiasmo por la palabra.

Ahora recuerdo esa imagen de él frente a la pizarra, de lado a sus libros sobre el escritorio, moviendo sus "apuntes" de papel y de tinta, esa escena entre el calígrafo y el orador, y nosotros, todos sentados en forma de semicírculo, apuntando frases entonadas y flotando por los aires, con la conciencia de atrapar sólo por la mirada y la escucha, aquel momento irrepetible y esperado de cada clase.

Nunca dejó de sorprender por su cultivada erudición muy de la "mano" de su sencillez, cuyo reflejo más inmediato se podía apreciar en esa vestimenta del día a día: pantalones pálidos y anchos, zapatos oscuros y gruesos, camisa unicolor de mangas arremolinadas hasta los codos, nada espectacular y tan común y corriente como puede ser para un personaje que portaba en su equipaje la cultura de las lenguas y las tradiciones de las costumbres.

A eso nos educaba el Maestro, a una forma muy singular de hacernos filósofos de la vida con la austeridad del peregrino que sin otra cosa más que su daga de plata y su cantimplora de vino, calzaba el hábito y las sandalias del predicador.

Y de esa experiencia de su mundo de vida nos abrigaba a todos, y en esa custodia de su ofrenda por el saber, su interés por la pregunta y el diálogo era la mejor fortaleza de su pedagogía. Primera vez, de muy pocas veces, sentía que la palabra de un Maestro, en su eco y resonancia, se creaba de la imaginación y de la crítica. En su lenguaje ello era lo más distintivo: ese hacer de la palabra desde y con las palabras, siempre asumidas en el riesgo de las incertidumbres inevitables que condicionan los accesos a la verdad en su realidad.

Enfrentar esos desafíos era para el Maestro su permanente praxis, utopía y amor. Un desafío público y a la vista de todos, por lo que sospecho que en más de una oportunidad tuvo que valerse de las estrategias de la razón para salir airoso de un medio académico que desde varios flancos aupaba el descrédito acerca de su forma de actuar. Nada fácil para una inteligencia festiva y póstuma que siempre discernía más allá de la trampa de la inmediatez y lo efímero, que delataba esa condición de la fatalidad humana que no es capaz de creer porque ha perdido la fe de sí.

Me interesa destacar que después de mi estancia doctoral en París, regresé a mi universidad y entre otros ideales a cumplir, me concentré en el proyecto editorial de una revista de Filosofía, que nace en 1996 y cuyo nombre es "Utopía y Praxis Latinoamericana". De alguna manera, y por esta razón deseo contar este episodio, la influencia editorial del Maestro profundiza más esta huella de escribir y hacernos escuchar a través de la grafía de la palabra.

Mi admiración por las cuidadas publicaciones de José Sazbón en la editorial "Nueva Visión", sus traducciones, siempre fueron un estímulo muy a conciencia de la necesidad de conjugar ambos planos de la investigación y la vida intelectual.

Fue así que este proyecto dio su inicio, y recuerdo perfectamente que para el año 2000 recibimos del Prof. Sazbón un artículo sobre "La modernidad electiva de Mariátegui", que se publicó en el n° 12 (Marzo) de 2001. Mi emoción fue total pues esa deferencia marcaba un reencuentro con el Maestro en el tiempo y la distancia, y me dio la oportunidad de hacer, en la Presentación de ese volumen, el testimonio de hablar del Maestro tal y cual él nos enseñó a usar las palabras y pronunciar la voz.

Hoy en retrospectiva su presencia es más clara en su figura física y en su dimensión intelectual: mi profundo recuerdo de un ser humano que se hacía así mismo a través de los otros y que todo lo impregnaba con su mirada y sus manos, para escribir desde su sensibilidad de artista nietzscheano la obra de su reobrar humano en cualquiera de sus sentidos existenciales.

A.B. Márquez-Fernández